

RODOLFO LLOPIS, PERIODISTA Y ESCRITOR DE PROVINCIA

JOSÉ LUIS MUÑOZ

RESUMEN

Además de pedagogo, escritor y político, Rodolfo Llopis ejerció una actividad menos conocida pero de una intensidad asombrosa: la de periodista en activo, no sólo en secciones de críticas de libros o en artículos teóricos, sino en trabajos de a pie. Participó en la redacción de varios periódicos conguenses, en especial *La Lucha*, fundó y dirigió la revista ideológica *Electra* y fue corresponsal en Cuenca del prestigioso diario *El Sol*, de Madrid, en el que junto con informaciones de actualidad publicó más de cien crónicas sobre aspectos culturales, turísticos y paisajísticos.

ABSTRACT

As well as being an educationalist, writer and politician, Rodolfo Llopis was involved in a less-known activity: he was a deeply committed journalist. Not only did he write book reviews, criticisms and theoretical articles, but he also contributed to everyday reporting. He collaborated in several regional newspapers in Cuenca, especially *La Lucha*; founded and directed the ideological journal *Electra*, and was the Cuenca correspondent for the prestigious Madrid newspaper *El Sol*, in which, as well as reporting on current affairs, he published more than one hundred feature articles on culture, tourism and the landscape.

PALABRAS CLAVE

Periodismo, Revistas, *El Sol*, Cuenca.

KEY WORDS

Journalism, Magazines, *El Sol*, Cuenca.

La personalidad de Rodolfo Llopis ha sido estudiada de manera más o menos profunda en la muy diversa actividad que desarrolló, sobre todo como político, profesor y escritor, terrenos en los que desarrolló una labor tan prolífica que sin duda debe mover a la admiración tan eficaz como provechosa utilización del tiempo. Más aún si atendemos a otro aspecto, generalmente considerado menor, pero para el que igualmente mostró una disposición natural a practicarlo con la misma constancia y habilidad que los otros: se trata del Llopis periodista, tarea que ejerció de manera constante y sistemática pero, y eso es lo más llamativo, sin tener el menor reparo en entrar en el terreno del gacetillero de a pie, del corresponsal en provincias, en ese territorio en el que pocas glorias se encuentran y sí la posibilidad de algún tropezón inesperado. Esa

dedicación de Llopis hacia el periodismo más doméstico, incluso anónimo, aporta una dimensión especial a su figura, la humaniza y acerca a la proximidad de lo cotidiano local.

En otros trabajos se encuentran algunas referencias a la incansable actividad de Llopis como articulista, aunque solo desde el punto de vista estrictamente pedagógico y profesional. Vamos ahora a centrar la atención en otra faceta, menos conocida, la que corresponde específicamente a su estancia en Cuenca y sobre asuntos conguenses, tarea que desarrolló por un lado a través de medios locales y, de otro, como corresponsal de periódicos madrileños, de manera sobresaliente de *El Sol*. De la forma en que esta actividad ha sido minusvalorada cuando no ignorada tenemos un buen ejemplo en la voluminosa biografía dedicada a Llopis por Bruno Vargas, en la que su actividad periodística en Cuenca se despacha con dos líneas – «*Los diarios Electra y La Lucha, en los que colaboró de manera asidua, dan fe de su proselitismo masónico y socialista que caracterizó esta época*» (por cierto: las dos publicaciones citadas no fueron diarios, sino decenario la primera y semanario la segunda) mientras que desconoce por completo que ejerciera la corresponsalía de *El Sol*, limitándose, en este caso, a detallar el papel de Llopis como crítico de libros.

Es claro que Rodolfo Llopis era un periodista vocacional y que participando activamente en las páginas de periódicos y revistas se encontraba muy a gusto. Sus artículos se pueden contar por centenares y los hay, alternativamente, sobre teoría pedagógica, de carácter político (con una marcada tendencia combativa y proselitista) y, lo que seguramente resulta más sorprendente, de estilo costumbrista. Trataremos de todos estos aspectos a lo largo de las líneas que siguen, pero como paso previo trazaremos un panorama general de la situación de la prensa en Cuenca en el momento en que Rodolfo Llopis llega a la ciudad, hacia 1919 y del estado en que encontró a la propia ciudad.

LA CIUDAD DE CUENCA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

El aspecto inicial que destacaremos en las relaciones de Rodolfo Llopis con Cuenca es su actitud integradora en el ambiente en que vivió. No fue, como ocurre en tantas ocasiones en el ámbito funcional, el profesor que llega a cumplir rutinariamente su destino en espera del próximo traslado. Llopis se identificó profundamente con la ciudad, escribió en sus periódicos, movilizó las conciencias, ocupó una concejalía en el Ayuntamiento, participó en campañas en defensa del patrimonio y, en definitiva, podemos asegurar, aprendió sobre el terreno muchas de las cosas que posteriormente configuraron su acción práctica en el ministerio. No es posible entender las actuaciones en favor de los maestros y de la escuela, sus palabras sobre la escuela rural, su afán renovador de la enseñanza en las Escuelas Normales, su preocupación por llevar la cultura a los más recónditos rincones de la España interior, sin saber que todo ello lo vivió y sufrió en aquellos doce años de vida y experiencia en la ciudad de Cuenca.

Esta es una circunstancia a tener en cuenta a lo largo de buena parte de las páginas que siguen; quede ya por adelantado nuestra convicción de que la estancia en Cuenca condicionó de

manera considerable el conjunto de opiniones que Llopis formulará en adelante, sobre todo durante su etapa en la Dirección General de Enseñanza Primaria. Cuando leemos textos pronunciados oralmente o escritos por él, en los que alude a la situación miserable de las provincias del interior, a los problemas de una escuela rural desatendida, a la influencia del caciquismo como lacra política, a tantas cuestiones de la vida nacional, necesariamente imaginamos que todo ello tiene una base real, la de la experiencia acumulada en su conocimiento vivencial de esta provincia.

Cuenca, en definitiva, es el punto de origen de su trayectoria como hombre público. El puesto de concejal fue el primero que ocupó en su vida. De ahí a presidente del Gobierno en el exilio discurre la aventura vital, que no dudamos en calificar de apasionante, de Rodolfo Llopis.

Llopis había obtenido el título de profesor de Geografía en 1919, con el número dos de su promoción, optando por la plaza vacante en la Escuela Normal de Cuenca. Este fue su primer y prácticamente único destino docente. *«Elegí Cuenca porque estaba cerca de Madrid, donde podía acudir los fines de semana. Me ocurrió una cosa graciosa al llegar. Me instalé en un hotel de Carretería. A la mañana siguiente, durante el desayuno, unos jóvenes hablaban de los exámenes. Hablaban mal de los profesores, bueno, no mal, sino esas cosas que se dicen. Me preguntaron que si yo también me examinaba. Y les dije: ‘No, esta vez examino yo’. ¡Qué cara se les puso! Luego aprobé a todos²».*

En 1919, Cuenca era una pequeñísima capital de provincia, cuya situación demográfica, social y económica ha sido estudiada con cierto detalle por los profesores Reher³ y Troitiño⁴. El censo de 1910 le atribuye una población de 11.721 habitantes mientras que el de diez años más tarde la sitúa en 12.816; paralelamente, el crecimiento de la provincia pasa de los 269.634 a los 281.628 habitantes. En ambos casos, las cifras corresponden a una de las cinco capitales y también de las cinco provincias menos pobladas de España en aquellos momentos, circunstancia que no ha evolucionado casi un siglo después.

A comienzos del siglo XX, la ciudad se encontraba en una verdadera situación crítica, condicionada por la existencia de un movimiento urbanístico, administrativo y demográfico que se había puesto en marcha a finales del siglo anterior pero que aún no había terminado de establecer sus definiciones capitales. En efecto, desde su fundación por los musulmanes hacia el siglo X, Cuenca había estado condicionada por una posición topográfica singular, la derivada de un urbanismo vinculado a la estructura de un cerro a cuyas laderas estaban adosadas las viviendas, enlazadas por un complicado laberinto de callejuelas. La línea de murallas protegía y a la vez impedía el desarrollo de esa estructura urbana, castigada, por otro lado, con unas condiciones sanitarias y de servicios ciertamente precarias.

Sin embargo, esa situación se encontraba ya en proceso de cambio. La llegada, con el siglo XIX, de nuevas exigencias y condicionamientos (fundamentalmente las comunicaciones: el tren y las carreteras) requerían unos nuevos espacios, los situados extramuros, en la llanura, en el valle formado por los ríos Júcar y Huécar, que hasta ese momento también hacían de

protección amurallada natural. La ciudad se vio en la necesidad de dar el salto al otro lado y comenzar una expansión, en principio industrial y hotelera, pero seguida pronto del comercio, las residencias y, finalmente, los servicios de la administración.

Esa es la situación que se encuentra en proceso de desarrollo cuando Rodolfo Llopis llega a la ciudad. Pero, paralelamente a ese proceso, se inicia otro de signo contrario y será el mismo Llopis uno de los primeros en lanzar la voz de alerta. En efecto, la huida de la población significa el abandono de la parte alta, del casco antiguo, cuyas precarias condiciones se traducen casi de inmediato en su deterioro, que encuentra la culminación simbólica en el hundimiento de la torre de campanas de la catedral, en 1902. La lectura de los documentos de la época es la de un largo rosario de hundimientos de edificios, incluyendo algunas iglesias de valor que habían sido desamortizadas e incluso las que hoy consideramos simbólicas Casas Colgadas, que fueron desapareciendo una tras otra hasta quedar en pie solamente la última. Llopis encabezará, con su colega del Instituto y del socialismo, Juan Giménez de Aguilar, el movimiento ciudadano para conseguir que el Ayuntamiento compre aquél último ejemplar de las históricas viviendas voladas que de ese modo, una vez restaurada, ha podido sobrevivir hasta nuestros días.

En cuanto al aspecto económico, la ciudad reflejaba *«una estructura socio-profesional de marcado carácter preindustrial con fuerte presencia de jornaleros, burócratas y servicio doméstico»*, un notable peso específico de la Iglesia, en todos sus aspectos, un limitado comercio vinculado de manera destacada a las necesidades de la Sierra, su comarca natural y, por supuesto, todo lo derivado de la condición de capital, que incluía la presencia de los únicos centros educativos de importancia en la provincia: Instituto, Escuela Normal y Seminario.

No parece que en esos momentos existiera ya en la ciudad el Partido Socialista como tal, ni se encuentra con este nombre hasta muy avanzada la década siguiente, como tampoco hay ninguna referencia a un sindicato llamado UGT (al que Llopis también pertenecía desde su etapa estudiantil en Alicante). Lo que sí existía en Cuenca era un tímido movimiento obrero, canalizado a través de dos asociaciones: **La Fraternal**, que podemos considerar como moderada, con vinculaciones a sectores eclesiásticos y **La Aurora**, de matiz socialista y posiblemente el germen del partido que empezará a actuar con la denominación de Agrupación Socialista de Cuenca, sin que en los años iniciales se utilicen las siglas del PSOE. Ignoramos cuál pudo ser la participación de Llopis en la organización del partido local, pero es clara la coincidencia entre su llegada a Cuenca y la puesta en marcha de una serie de actuaciones que culminarán con la publicación del periódico **La Lucha** y la llegada al ayuntamiento de los primeros concejales de izquierda.

De hecho, el profesor López Villaverde, que ha estudiado de manera exhaustiva los sucesos de la II República en Cuenca, reconoce que, frente a la abundancia de datos existentes para otros grupos políticos y partidos, *«sobre el socialismo apenas tenemos más que noticias sueltas en la prensa y algunos datos de agrupaciones en la Fundación Pablo Iglesias»*, para señalar de inmediato la fuerte influencia que sobre el partido ejerció Rodolfo Llopis, a quien

menciona como su principal impulsor, junto al catedrático Juan Giménez de Aguilar y el médico Aurelio Almagro⁶.

Cuenca es, también, el escenario de la redacción y publicación de los que creemos son los primeros libros de Rodolfo Llopis, ambos sobre cuestiones pedagógicas y ambos también raramente citados en la bibliografía del autor. *La escuela del porvenir según Ángel Patri*⁷ es en realidad un largo comentario de Llopis sobre la obra teórica de Ángel Patri, un pedagogo que no ha trascendido a la posteridad tanto como nuestro autor pensaba entonces y que se sintió atraído por el italiano precisamente por propugnar esa escuela activa tan querida por los institucionistas, como queda reflejado en estas palabras del prólogo: «*La escuela, en general, es una cosa muerta. Vive de espaldas a la vida, sin contacto con ella. Por eso su acción no es fecunda. Patri quiere que la escuela se vivifique. Desea que la vida penetre en las clases y en los patios de la escuela y que sea ella la vida, quien fecunde la diaria labor*».

Una intencionalidad semejante, la de difundir en España el pensamiento de un prestigioso pedagogo renovador, tiene *La Pedagogía de Decroly. Dos ensayos*, que aunque aparece sin fecha de edición, se refiere al viaje que el profesor francés realizó a Madrid en 1926, por lo que no es aventurado suponer que su publicación debió ocurrir poco después, quizá al año siguiente. Llopis, que dominaba perfectamente el francés, ya había traducido algunos artículos de Decroly, quien prologaba esta obra «*de mi simpático e inquieto amigo Llopis*⁸». Comenzaba así, con estos dos libros —por cierto, ambos impresos en Cuenca, aunque editados en Madrid— una fecunda actividad editorial, que habrá de tener su continuación en una larga trayectoria de libros y artículos, en su mayor parte relacionados con la Educación y raras veces con la Geografía.

PANORAMA DE LA PRENSA LOCAL

Las dos primeras décadas del siglo XX muestran una gran vitalidad en la existencia de periódicos (casi todos semanarios) en la ciudad, la mayoría de ellos vinculados a grupos políticos y muchos destinados a tener la precaria vida derivada de los procesos electorales, con una vigencia de unos cuantos meses, los suficientes para recoger en esos pocos números la intención de su promotor. Es de justicia reconocer que casi todos esos periódicos proclaman desde sus cabeceras la ideología que propugnan o el partido de que se anuncian portavoces, pero siendo mayoritaria la tendencia a la precariedad editorial también hubo títulos que lograron asentarse durante largos periodos, bien bajo el marchamo de «independiente» o con declarada confesión partidista. Así, en el momento histórico que mencionamos (y exceptuando publicaciones oficiales o gacetillas de tipo publicitario o profesional), ya se publicaba *El Día de Cuenca*, fundado en 1914, con alternancia en cuanto a su periodicidad, abundando la de semanario, aunque también tuvo largas etapas de publicación diaria, sobreviviendo hasta el año 1931; *El Centro*, nacido en 1916, estaba vinculado al pensamiento tradicional católico y prolongó su edición hasta la llegada de la República, en 1931; *La Voz de Cuenca* nació en 1922, con tendencia liberal y continuó publicándose con normalidad hasta 1931; el *Boletín Conquense*, fundado en

1926 por el abogado César Huerta Stern fue una amalgama de noticias y comentarios legales, predominando los del sector agrario y con un claro mensaje de oposición a la dictadura de Primo de Rivera, continuando su edición hasta el año 1936; *La Lucha*, de inspiración socialista, nacido en 1918 y que hasta la llegada del dictador mantuvo el espíritu más combativo de cuantos se pudieron registrar en ese periodo, prolongado su publicación hasta el año 1929; *El Liberal*, que se publicó entre 1909 y 1929; *El Mundo*, uno de los más característicos de la época, por el valor de sus informaciones y colaboraciones, que existió entre 1910 y 1922; *La Reforma*, órgano oficial del partido reformista, que se publicó entre 1915 y 1923. Y otros muchos títulos, algunos limitados a un solitario número, el inicial, otros de vida más precaria a lo largo de varias semanas o meses.

PRESENCIA Y ACTIVIDAD DE RODOLFO LLOPIS

Hay que suponer que, tras su llegada a Cuenca en 1919, el primer periódico al que debió dirigirse Llopis para ejercer tareas de articulista fuera *La Lucha*, única publicación de izquierda existente en la ciudad. Sin embargo, su nombre no aparece firmando ningún trabajo hasta 1921, muy probablemente porque en esos años era costumbre que la mayor parte de los artículos tuvieran carácter anónimo o colectivo. La firma de Rodolfo Llopis comienza a aparecer en el citado 1921 y simultáneamente en dos periódicos a la vez, el mencionado *La Lucha*, que desde el año anterior proclamaba su condición de «Órgano de la Sociedad Obrera La Aurora» (a la que debemos considerar como un auténtico sindicato de izquierdas, haciendo el papel que más tarde correspondería a la UGT, en esos momentos aún sin implantación en la ciudad) y *El Día de Cuenca*, veterano medio de información que, según los tiempos, era diario, semanario o bisemanario y que, salvo algunos avatares durante la Dictadura de Primo de Rivera mantuvo por lo general una posición independiente y centrista.

En este último periódico publicó artículos de tipo narrativo, paisajístico o cultural. Por el contrario, en las páginas de *La Lucha* aparecen una y otra vez muestras del mensaje político y social de Llopis: el pacifismo, la igualdad de derechos de la mujer, las reivindicaciones laborales de los trabajadores, la justicia social, las libertades públicas y privadas... son conceptos que se repiten cíclicamente. Los títulos de los artículos, de los que extraemos un muestrario, con indicación de su fecha de publicación en *La Lucha*, son significativos acerca del mantenimiento de una línea ideológica muy determinada:

- «La miseria del progreso» (16-01-1921)
- «Proletariado femenino» (01-05-1921)
- «Los obreros cuencenses celebran el Primero de Mayo» (08-05-1921)
- «Libros pacifistas. El Antenor» (11-12-1921)
- «La rebaja de salarios» (18-06-1922)
- «El deseo de un pueblo» (07-12-1924)

«Este es un libro de paz» (14-11-1926)

«Escuelas del proletariado» (01-05-1927)

Así, hasta completar un repertorio de docenas de artículos firmados, a los que hay que añadir, necesariamente, incontables notas de redacción anónimas.

Rodolfo Llopis fue más que un colaborador esporádico de los periódicos. Fue un miembro activo del gremio de periodistas, como lo demuestra el que, a comienzos de diciembre de 1924, al reconstituirse la Asociación de la Prensa de Cuenca, tras un largo periodo de inactividad después de la muerte de su anterior presidente, Emilio Sánchez Vera, fuera elegido secretario de la nueva junta directiva que presidía un ilustre miembro local de la generación del 98, Juan Giménez de Aguilar⁹, catedrático de Instituto, promotor de la formación de la Agrupación Socialista de Cuenca y colaborador muy directo de Rodolfo Llopis tanto en el terreno político como en el intelectual y periodístico.

La vida de *La Lucha* se extinguió en un momento no bien determinado, en el tramo final de la Dictadura de Primo de Rivera y no es ocioso imaginar algún tipo de presión, añadida a los ya existentes rigores de la censura, para poner fin al periódico socialista. Interrupción que duró, exactamente, el tiempo necesario para la caída del régimen. Producido éste, «*en la Imprenta Comercial y en los años en que la Monarquía española daba las boqueadas, entre la Dictadura y la República, apareció un periódico decenal en Cuenca, abiertamente combativo, democrático y socialista*¹⁰». Se titulaba *Electra*, lo dirigía Rodolfo Llopis y el primer número apareció el 11 de febrero de 1930, con activa participación de catedráticos y profesores. Se publicaron 36 números, que se conservan en la Biblioteca Pública de Cuenca, en los que se recoge, de manera dramática, desde la perspectiva de una pequeña ciudad de provincias, la transición desde la monarquía al tiempo nuevo que sin duda se avecinaba. Esta es la última aportación literaria de Llopis a Cuenca.

Electra tiene un significado muy especial, porque más allá de su dimensión de revista de cultura y pensamiento, lo que está transmitiendo es el mensaje laico, progresista e intelectual de la masonería española, a la que Llopis pertenecía bajo el nombre de *Antenor*. Inicialmente el grupo fue sólo un triángulo (formado por Rodolfo Llopis, Crédulo Escobar Barbero y Juan Giménez de Aguilar), dependiente de la logia madrileña *Ibérica núm. 7*, hasta que sucesivas incorporaciones permitieron que hacia 1929 pudieran formar logia propia, al contar ya con siete miembros. Como explica el profesor López Villaverde, que ha documentado la existencia de *Electra*, todo «*parece indicar que la logia estuvo viva al menos hasta 1931. Aunque consta que algunos de sus miembros seguían perteneciendo a la masonería en 1935, sin embargo la marcha a Madrid de su impulsor, Rodolfo Llopis, el 14 de abril de 1931, debió de suponer el desencadenante esencial de su silencio y así lo demuestra, por ejemplo, la*

*desaparición del decenario **Electra** el 21 de abril, sólo una semana después de su nombramiento como Director General de Primera Enseñanza¹¹».*

Por lo que se refiere a la revista, también dirigida por Llopis, el primer número apareció el 11 de febrero de 1930; la fecha no es inocente: ese día era el aniversario de la proclamación de la I República. Ese carácter, la defensa de la vocación republicana, aparece de forma meridiana a lo largo de toda la publicación, junto con el socialismo, de manera que, en la medida de sus limitadas posibilidades, **Electra** mentalizó a la población con que se para asumir la llegada de una República que sus impulsores consideraban inminente.

Curiosamente, López Villaverde, que de manera tan sensata y metódica ha documentado ese periodo de la vida de Cuenca, no se muestra seguro acerca de que Llopis fuera el director de la revista: «*En la publicación nunca aparecía el director. Las fuentes consultadas no se ponen de acuerdo: bien Rodolfo Llopis, bien Aurelio López Malo¹²»*, duda que avala en el hecho de que el profesor de la Normal, durante ese periodo, hizo algunos viajes fuera de España. Pero siendo cierto que nunca aparecía la mención expresa de quién era el director, también lo es un dato incuestionable que aparece recogido a toda página en la primera del número 28, correspondiente al 10 de noviembre de 1930: «*Nuestro compañero Rodolfo Llopis procesado por haber publicado **ELECTRA**, durante la censura de prensa, un artículo de Carlos Esplá, publicado sin dificultad alguna en varios periódicos.- Carta de nuestro director a Carlos Esplá...*». Y la carta abierta la firma Rodolfo Llopis, que de manera tan expresiva aparece así identificado como director del decenario, dato que reafirma el implicado cuando, en el texto citado, dirigiéndose a Esplá, dice: «*... Reconozco tu derecho a sorprenderte viendo que ha sido procesado el director del decenal de menor circulación de todos los periódicos que publicaron tu artículo. Es que no piensas que ese decenal se publica en Cuenca. Y que ese director soy yo...*» Afirmación que, junto con el llamativo titular, no parece debe dejar lugar a la menor duda sobre la función directiva de Llopis en la revista¹³.

Además de los casos citados, que son desde luego los más importantes, el nombre de Llopis aparece también en otras publicaciones locales, alguna como **Deporte** que podría parecer muy alejada de las intenciones del profesor que, como se demuestra por este caso, era hombre abierto a todas las corrientes modernas, sin olvidar su activa participación en la edición de la **Revista de Escuelas Normales**, como director y editor, durante el periodo que su redacción estuvo vinculada a la Normal de Cuenca.

CORRESPONSAL EN PROVINCIA

La afición periodística de Rodolfo Llopis se manifiesta en su papel como corresponsal y colaborador de distintas publicaciones radicadas en Madrid, tarea que ejerció de manera constante y, podemos añadir, con una indudable brillantez. El estilo directo y eficaz del redactor aparece acompañado de una prosa fluida y elegante, propia de un hombre culto, que aporta a su visión de las cosas, incluso las más cotidianas, inteligentes observaciones que enriquecen la

descripción, enlazando así con la rica tradición española de escritores de periódicos, que tan excepcionales ejemplos ha producido, desde Larra a Josep Pla, pasando por Azorín o González Ruano, por citar ejemplos paradigmáticos de firmas ilustres que no tuvieron empacho en poner sus nombres al pie de artículos que, por ser periodísticos, estaban destinados, en apariencia, a ser flor de un día.

En *El Sol*, de Madrid, Llopis colaboró de una manera continuada, publicando alrededor de media docena de crónicas al mes por término medio, a lo que había que añadir colaboraciones esporádicas con crítica de libros, sobre todo de novedades pedagógicas, así como algún que otro ensayo sobre esta materia, a la que, como vemos, dedicó profunda atención en todos los terrenos (doctrinal, político, legislativo, docente) incluyendo el periodístico. En las páginas del periódico que fundara Ortega y Gasset publicó más de cien crónicas sobre Cuenca, pero fue también colaborador de *La Libertad* y de la revista *Estampa*, tribunas en las que dejó excelentes ejemplos de un estilo narrativo elegante, de gran capacidad descriptiva. Veamos una muestra de cómo era la pluma de Llopis aplicada a la ciudad en que vivió:

«Cuenca tiene un paseo de invierno: la estación. Todas las tardes se ve concurridísimo. Las mesas de los cafés y de los casinos se despueblan; grupos de muchachas abandonan sus casas después de comer. Van de paseo; a tomar el sol. No van al Parque, siempre tan solitario; tampoco van a las hoces, que son el encanto y el legítimo orgullo de la ciudad... Van a la estación. La estación se llena en seguida. Y paseo arriba, paseo abajo, hasta las cuatro de la tarde, hora en que llega el tren de Madrid. Nadie espera a nadie. Sólo aguardan a la Prensa madrileña». [Publicado en *La Libertad* y reproducido en *El Día de Cuenca*, 02-12-1924]

La temática a que atiende el corresponsal es tan variada como lo permite la vida en una provincia no muy dinámica, generadora (antes y hoy) de escaso número de noticias, pero en este sentido Llopis mostró una inteligente disposición, verdaderamente periodística, para extraer cosas que contar de donde no las había, sustituyendo los hechos ciertos con comentarios en torno a la problemática de la provincia, terreno desde luego muy abonado para, de paso, ejercer una acción crítica, bajo un evidente prisma político. De esa manera, las crónicas se pueden agrupar en dos grandes apartados: las de carácter costumbrista (en la línea del periodismo viajero que empezaba a desarrollarse y hoy está tan en boga) y las de contenido sociopolítico.

La lectura de esas crónicas nos permite deducir, por lo que al primer apartado se refiere, que recorrió toda la provincia, animado sin duda por su profesión de geógrafo junto con la vocación de llevar a sus alumnos a conocer los paisajes de la tierra que estudiaban. Hay artículos sobre los más variados espacios naturales, en especial de la Serranía; en ese sentido, corresponde a Rodolfo Llopis una parte muy notable del mérito que se atribuye a los hombres de su generación que ayudaron a descubrir las montañas y parajes de Cuenca, con la localización y descripción de lugares que hasta entonces eran prácticamente desconocidos: la Ciudad Encantada, las Torcas de Palancares, las hoces de los ríos, los Callejones de Las Majadas, el Estrecho de Priego, la Hoz de Beteta, las formaciones calizas del karst ibérico, en una actuación sistemática, claramente vinculada a los principios de culto al naturalismo impulsado desde la

Institución Libre de Enseñanza. En esa tarea difusora, Llopis se muestra como un precursor en la definición de la importancia que puede alcanzar Cuenca en un territorio entonces en sus primeros pasos, el del turismo y por ello acomete también otros aspectos difusores: la catedral, la importancia de las obras de arte, la belleza de las artesanías locales. Y es igualmente precursor en difundir el descubrimiento de La Mancha, con visitas y reportajes a lugares tan emblemáticos como Belmonte o Alarcón.

En el otro componente de sus crónicas se revela un corresponsal comprometido a la vez que prudente. Su ideología (perfectamente conocida, por otro lado) adquiere tonos de discreción para abordar cuestiones en las que podía haberse mostrado más exaltado, de ocupar una tribuna doctrinaria. Por el contrario, en estas crónicas es discreto y objetivo, pero sin ocultar ni una sola de las cuestiones que forman el catálogo de sus preocupaciones esenciales. Hay, por ejemplo, varias crónicas referidas a la celebración de los aniversarios (cada 15 de julio) de la invasión carlista que produjo una terrible masacre en la ciudad y que Llopis utiliza como motivo para reivindicar la función esencial de la democracia y la libertad en la vida de los pueblos; encontramos vibrantes y bien documentados artículos sobre los problemas de las comunicaciones en la provincia, las deficiencias de la línea férrea, la demanda de una autopista, la exigencia de mejores carreteras para los pueblos de la Sierra; hay, desde luego, numerosas crónicas sobre cuestiones educativas, creación de escuelas, reivindicaciones del magisterio, importancia de las colonias y los campamentos escolares. Y la pluma se le dispara, en ocasiones, clamando por impulsar un mejor aprovechamiento de las riquezas naturales que forman un tesoro incalculable (minas, ríos, canteras, agricultura) y por dignificar las condiciones de vida de unos pueblos y unos seres humanos condenados a mantenerse en condiciones injustas, sin carreteras, sin luz eléctrica, con deficientes elementos sanitarios. Es la España rural y abandonada de los poderes públicos la que suscita la prosa airada y reivindicativa del corresponsal. Y no oculta su espíritu crítico cuando comenta la inauguración de la Plaza de Toros de Cuenca (en 1927), presentada como un gran logro por el ayuntamiento primoriverista dirigido por el alcalde Cayo Conversa pero que para Llopis es sólo una muestra más de incultura, un intento de distraer al pueblo de sus auténticos problemas.

Opina con justicia y acierto el crítico literario Florencio Martínez Ruiz que en ese papel de corresponsal de provincia, *«Rodolfo Llopis es la piedra de toque que da la medida de los comportamientos colectivos e individuales de la ciudad y sus fuerzas vivas. Sus crónicas articulan una fisonomía moral y ética en cuyo espejo Cuenca se mira para identificarse. Pues la ciudad entrevista por el intelectual y por el periodista no está muerta ni mucho menos. Sobrevive, pese a todo, entre la asfixia del caciquismo y el confinamiento administrativo. Llopis exhibe en este centenar de artículos una certera visión de los problemas y claras intuiciones para resolverlos. Y, de paso, muestra ya en niveles estrictamente técnicos, capacidad de síntesis y magnífico estilo periodístico¹⁴»*.

Además de la temática conquense, a la que dedicó tan profunda atención, las páginas de *El Sol* (el primer gran diario liberal de la historia española) le ofrecieron una excelente tribuna para, desde ellas, ir sentando las bases de la doctrina en que confluyen la ideología política (la izquierda) y la preocupación educativa, que en la mentalidad de Llopis formaban ya una

simbiosis indisoluble. Bruno Vargas, que sí ha analizado con cierto detalle esta actividad en su ya citada biografía, resume este apartado diciendo que *«era ante todo un joven pedagogo que se forma y especializa en los problemas pedagógicos y estructurales de la enseñanza primaria en España. Y estas inquietudes que asomaban con la mayor naturalidad en sus críticas de libros, hallaban su corolario en su compromiso sindical y político, como medio de obtener las reformas estructurales necesarias para un cambio radical. De ahí su predilección por los comentarios de libros que abordan la crítica marxista de la sociedad industrial¹⁵»*.

LA GUÍA DE CUENCA

En un ámbito ajeno al periodismo, pero que quizá conviene mencionar aquí, se produjo otro hecho destacado en cuanto a enfatizar aún más la vinculación de Llopis con Cuenca a través de la palabra escrita, que requiere párrafo especial. Se trata de la publicación, en 1923, de la primera *Guía de Cuenca*¹⁶, que se abrió con un artículo de Pío Baroja e incluía otro de Odón de Buen, catedrático de Ciencias en la Universidad Central, al que se debe el mérito de haber «descubierto» para el mundo y estudiado el fenómeno geológico conocido con el nombre de Ciudad Encantada. Junto con estos dos ilustres nombres, compartían el texto Rodolfo Llopis y Juan Giménez de Aguilar, sin que ninguna señal identifique las aportaciones de uno y otro. No obstante, algo nos induce a pensar que el director de la empresa fuese Llopis. Se trata de unas «Palabras de gratitud» que aparecen al comienzo de la obra y que no llevan firma; su anónimo autor agradece en ellas las colaboraciones de todos los autores, literarios y fotográficos... menos del propio Llopis, por lo que hay que deducir que es éste el que se siente obligado al «cumplimiento de un deber de gratitud» hacia todos los que colaboraron en la edición; sin duda, un reflejo de pudor le impidió escribir su propio nombre. Al autor de esa presentación corresponde la afirmación de que *«la descripción del inmenso tesoro de belleza que contiene Cuenca... fue desde hace mucho tiempo nuestro propósito, que creemos haber logrado de un modo que no podíamos esperar con la pobreza de medios que contábamos»*. Y es, en efecto, una obra espléndida, que todavía sigue siendo punto de referencia para todos quienes desean conocer noticias sobre el arte, el paisaje y las calles de Cuenca

DOS ARTÍCULOS COSTUMBRISTAS DE RODOLFO LLOPIS

Los Gancheros

El Sol, Madrid, 15 abril 1924

Hace ya varios días que nuestro río Júcar está lleno de madera. A las puertas de la misma ciudad han llegado ya las primeras piezas sueltas de la expedición, que se presentan a modo de heraldos. Muy pronto veremos llegar palos y más palos, enormes, larguísimos, sueltos unas veces, formando almadías otras, que irán cubriendo poco a poco el ancho cauce del río. Y todos

los días, por la mañana y por la tarde, la población se agolpará a las barandillas de los puentes para contemplar las rudas faenas de los gancheros. ¡Una maderada es siempre motivo de distracción para la ciudad! Y más que distracción, debiera ser motivo de honda preocupación, ya que toda maderada plantea serios problemas de tipo económico y de tipo social. Las maderas pierden mucho con su flotación y por eso cada día tienden a disminuir las expediciones y los gancheros, con su organización, con sus métodos de trabajo y de remuneración, ofrecen un caso típico de supervivencia social.

Porque todos los años, cuando las lluvias han vencido el fuerte estiaje de estos ríos, y se ha regularizado el caudal de sus aguas, y los fríos no imposibilitan la labor, de Chelva, de Priego, de Ademuz, y hasta de Andalucía, salen grupos y hombres y niños, verdaderas caravanas, que acuden a Cuenca para «hacer la maderada». Son familias expertas que siguen las huellas de sus mayores, de quienes heredaron acaso, como único patrimonio, la necesaria habilidad para dedicarse a estas faenas.

Estos hombres, formando compañías o cuadrillas de diez, con su guisandero y cuadrillero al frente, se van a la Sierra de Albarracín, a Del Val, a Poyatos, allí donde «echen» la madera, según que la conducción se haga por el Júcar, por el Guadiela o por el Escabas. Y por espacio de unos meses, desde que arranca la madera, hasta que llega a Cuenca o Aranjuez, que es donde tienen el «saque», esos hombres viven fuera de sus casas, comen donde les sorprende la hora, duermen donde pueden, bajo una torrentera, al abrigo de una risca, en una paridera, sobre la broza del río... Y así un día y otro día, mientras dura la expedición, trabajando no ya de sol a sol, sino de luz a luz, viviendo en constante peligro, para encontrar al final de su vida, por toda compensación, un reuma o unas calenturas, cuando no ha sido el río su propia sepultura...

Y por esta vida de trabajo que llevan estos hombres cobran dos pesetas diarias, tres libras de pan, media azumbre de vino, dos onzas de aceite y un puñado de sal... Y todo ello expedido en la tienda que los acompaña y teniendo que conformarse con la calidad que les ofrezcan.

Los gancheros son, indudablemente, una excepción entre los trabajadores. Su desdicha no tiene comparación con la desdicha de sus hermanos de clase. La inmensa mayoría de los obreros que viven en sus casas; tienen, aunque pocas, una leyes sociales que los protegen, y en los momentos de intensa carestía han conocido los efectos de los exigüos aumentos de jornal. Los gancheros, no. Viven aislados. Para ellos no rigen las leyes sociales, ni llegan hasta ellos las pequeñas conquistas de estos tiempos. Los gancheros son los parias de la clase trabajadora...

Esta maderada viene de la Herrería de los Chorros. Los soberbios pinos de Veguillas del Tajo, Sierra de las Canales y Pie Pajarón navegan hace días por el caudaloso Júcar, en dirección a Cuenca. Y cabalgando sobre ellos, un ejército de obreros, con toda su impedimenta y armados del típico gancho.

Muy pronto nos visitarán estos eternos nómadas, que vienen a perturbar la calma de esta ciudad. Y acudiremos, como tantos más, a presenciar sus faenas, y los admiraremos al ver cómo

espolean hábilmente los pesados pinos y cómo construyen los toscos castilletes, que más bien parecen obra de complicada ingeniería y, al mismo tiempo, los compadeceremos al ver cómo se resignan a vivir la vida triste, miserable e inhumana que ellos viven.

El Castillo de Belmonte

El Sol, Madrid, 21 enero 1928

Fray Luis de León. Cuarto centenario de su nacimiento. Belmonte. Belmonte, el de la Mancha de Aragón, con su espléndida colegiata, con su típica plaza de soportales, con su famoso castillo...

Don Juan Pacheco, «magnífico y virtuoso señor», marqués de Villena, mayordomo de Enrique IV, al ver destruidos el Alcázar viejo y la «cerca vieja» que mandara construir en 1323 aquél inquieto don Juan Manuel, el del *Conde Lucanor*, decidió, de acuerdo con los vecinos, edificar una «cerca nueva» y «una fortaleza que —según reza la escritura de concierto otorgada el 12 de octubre de 1456— su merced manda hacer e no face en el cerro de San Christóbal». Y desde entonces, Belmonte quedó sitiado por «una cerca principal de cal y canto», almenada, cuyas dos terceras partes pagaron los vecinos y de la que todavía quedan tres de sus primitivas puertas: la de Chinchilla, la de la Estrella y la del Almudí.

Seguimos a lo largo de las murallas, que se continúan cerro arriba. Cerro sin riscas ni tajos. En la cúspide del cerro se yergue la esbelta silueta del castillo. Su aspecto es imponente. El color oscuro de las piedras, los fuertes barrotes de sus escasas rejas, aumentan la sensación de fortaleza. Más que alcázar, semeja cárcel. Más que proteger a la ciudad, parece sojuzgarla.

En el pie del muro exterior, bajo, de sillería, la barbacana, que se termina en almenas escalonadas. De cuando en cuando, unas torres redondas, también almenadas, rompen la monotonía de los lienzos.

Entramos en el recinto. El muro exterior tiene paso de ronda. A él se asciende por atrevidas escaleras. Hay casamatas con bóvedas de cañón.

Dentro del recinto está el Alcázar. Tiene planta hexagonal. En cada uno de sus vértices, un esbelto torreón redondo, coronado con cornisa. De torreón a torreón, amplios lienzos de sillería con contadas rejas que protegen grandes hierros. Por una de esas rejas, cuenta la tradición, una buena noche huyó la Beltraneja. En el pueblo, a esa reja y a esa puerta la conocen por el nombre de «La Beltraneja».

Penetramos en la plaza de armas, plaza triangular, horrorosamente restaurada. Ascendemos al primer piso. Recorremos las habitaciones, donde todavía se conservan espléndidos techos, puertas ojivales, escudos, frisos pintados, monumentales chimeneas, ventanas con curiosos adornos... Llegamos al torreón más alto, el del homenaje. El recinto más bajo no tenía

entrada; carecía de luz y de ventilación. Era la cárcel. La bóveda tenía un agujero. Por él se descolgaba al preso. Ese agujero comunicaba con lo que era cuerpo de guardia. Encima hay una terraza almenada, era el puesto del vigía; la tranquilidad de la fortaleza y la amenaza de la ciudad... Subimos. Nuestros ojos pretenden abarcar ambiciosamente todo el panorama. A nuestros pies vemos el diminuto pinar del castillo, la cañada, el pueblo, aplastado por el sol y barrido por el viento. Allá al fondo una mancha: El Pedernoso. Más lejos, Socuéllamos. A la derecha, Los Baños, Buenavista. Sobre un altozano, interceptando una «vereda de aire», las paredes destruidas de lo que fue patriarcal molino de viento. A la izquierda, Osa de la Vega. Detrás, Tresjuncos. Sobre un cerro, el castillo de Puebla de Almenara.

Y por todas partes, nuestra vista, en vez de encontrar los restos de aquellos «bosques y matorrales en los que formaban enmarañadas guaridas los moros», se pierde por la llanada manchega, por aquél horizonte sin fin... Nuestra imaginación puede correr libremente, reconstituyendo la vida de este castillo, hoy silencioso y triste donde acaso se gestó un trozo de la Historia de España. Y a nuestra mente acuden, perfumados por el encanto de la leyenda, los recuerdos de aquella figura tan interesante del marqués de Villena, que nos habla de sangrientas intrigas cortesanas y de sus ambiciosos planes, como acude el nombre de aquél desdichado Enrique IV y la trágica historia de la desgraciada Beltraneja.

NOTAS

- 1 VARGAS, Bruno (1999). *Rodolfo Llopis (1895-1983). Una biografía política*. Barcelona: Planeta, p. 32.
- 2 HERAS DE LAS, Jesús (1976). Rodolfo Llopis, añoranza de Cuenca. En *El Banzo*, 6, febrero 1976, 18-19.
- 3 REHER, David-Sven (1986). *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid: Siglo XXI.
- 4 TROITIÑO VINUESA, Miguel Ángel (1984). *Cuenca, evolución y crisis de una vieja ciudad castellana*. Madrid: Universidad Complutense/MOPU.
- 5 TROITIÑO, o.c., p. 292.
- 6 LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis (1989). *Cuenca durante la II República*. Cuenca: Diputación de Cuenca/Universidad de Castilla-La Mancha, p. 99.
- 7 Madrid, 1924; Ediciones de la Lectura; Tipografía de «*El Día de Cuenca*»
- 8 *La Pedagogía de Decroly. Dos ensayos*. Madrid, Ediciones de La Lectura, s.a.; Talleres Tipográficos de Ruiz de Lara, Cuenca. Prólogo de O. Decroly.
- 9 *El Día de Cuenca*, 05-12-1924.
- 10 Herrera García, Antonio (1969) *Hemeroteca Conquense*; Cuenca, p. 18
- 11 LÓPEZ VILLAVERDE, o.c., p. 143
- 12 LÓPEZ VILLAVERDE, o.c., p. 158
- 13 *Electra*, número 28, 10 noviembre 1930, primera página. Es curioso señalar que en un libro posterior, *Historia y evolución de la prensa conquense (1811-1939)*, López Villaverde parece haber superado la duda pues al referenciar la revista *Electra* (p. 275), establece con rotundidad: *Director: Aurelio López-Malo Andrés*.
- 14 MARTÍNEZ RUIZ, Florencio (1988). El cronista Rodolfo Llopis. En *Ciudad de Cuenca*, 94, julio-agosto, p. 46
- 15 VARGAS, o.c., p. 41
- 16 *Guía de Cuenca*, con textos de Baroja, De Buen, Giménez de Aguilar, Llopis y Zomeño. Cuenca, 1923